



CONSEJOS

(RESPUESTA Á UN JOVENCILLO)



Le diré lo que, según mi experiencia, considero más útil, sin que llegue á pensar nunca que tengo la pretension de enseñar. No dudo que tendrá Vd. su juicio formado; así que no hago sino exponer el mio. Si llegamos á estar de acuerdo, tanto mejor; y si le parece que me he equivocado, se encoje de hombros, y no hay por qué incomodarse.

Mi primer consejo sería que hiciese el baul y tomase el tren para Florencia. Si lo puede hacer, nada más me ocurre decir por ahora; le escribiré de nuevo á Florencia. Pero si, como es más probable, no puede hacerlo, hé aquí lo que yo haría si estuviera en su pellejo. Ante todo me grabaría bien en

la cabeza que el estudio de la lengua es un estudio que requiere mucho tiempo, mucha paciencia y mucha regularidad: más vale media hora todos los días, que dos días enteros todas las semanas. Me propondría y trataría de sostener á todo trance las siguientes proposiciones:—Hablar lo ménos posible mi dialecto.—Hablando italiano, pondría sumo cuidado y vigilaría mucho hasta conseguir purgar mi lenguaje de los errores gordos de gramática y de propiedad apenas advertidos en la mayor parte de Italia por casi todas las personas cultas.—Tercero, trataría de corregir y perfeccionar la pronunciaci3n; lo cual puede hacer todo italiano de cualquier provincia, sin caer en afectaci3n y sin parecer ridículo, con tal que lo haga poco á poco y sin que aparezca el esfuerzo.

Para llegar á escribir bien, no hay mejor medio que empezar á hablar bien; porque si es cierto que escribir es un hablar pensado, el que hable bien no tendrá que hacer otra cosa para llegar á escribir, que perfeccionar su expresi3n; mientras que el que habla mal, tendrá que hacer doble trabajo, evitando los despropósitos que habitualmente salen de su boca haciendo un segundo esfuerzo de inteligencia, para corregir lo que el otro hace en un principio. Ahora: ¿cómo es posible llegar a hablar bien, sin pronunciar bien? La más hermosa expresi3n italiana perdería su eficacia pronunciada con el acento y los sonidos de dialecto, no sólo para el que escucha, sino tambien para el que habla.

Después de esto me tomaría, de una vez para siempre, el trabajo de leer y anotar todo el vocabulario, dejando que los torpes rieran de semejante pedantería. Lo ha hecho Manzoni, lo ha hecho Grossi, Teófilo Gautier, el más colorista y rico de los escritores franceses, y no eran pedantes. Yo haría el trabajo de la maneras siguiente: agruparía todos los vocablos y modismos notados en el Diccionario, referentes á determinado número de asuntos; por ejemplo: guerra, arte, industria, moral, arquitectura, indumentaria, movimiento, negocios, sentimientos, etc., y al rededor de cada uno de estos asuntos recogería poco á poco lo que fuere encontrándome en los libros. Por consiguiente: un cuaderno de estudiante y manos á la obra. Ya comprendo yo que á muchos les hará reir este procedimiento, diciendo que es preciso estudiar de una manera más amplia; pero al fin y al cabo hay que consolarse con que de esta estrecha manera estudiaron la lengua Monti, Foscolo, Leopardi, Giusti, Guerrazzi y los pobrecillos creían en el valor de estos cuadernos.

¿Qué norma se debe seguir para anotar y elegir? No sé decirlo. En ciertas materias no se pueden dar consejos. Yo elegiría lo que más necesito y me agrada. Hay palabras y modismos antipáticos á uno y simpáticos á otro, y el que los encuentra antipáticos jamás los usa, áun cuando los encuentre usados por los demás. Es inútil, por consiguiente, que los anote y los retenga en su memoria. Por ejemplo: hay escritores que ni por

cien pesetas escribirían un *ad ogni piè sospinto* (á cada paso). ¡Pero si es italiano! direis. Lo sé; pero lo detesto. Ante todo debe reinar el gusto. Por consiguiente, en este trabajo de elegir vocablos y modismos, cada cual debe hacer lo que mejor le parezca. Si hace mal, ó sea contra el gusto de la generalidad, peor para él, y no hay más que decir.

Después del estudio del vocabulario, vienen los libros. Yo leería, casi exclusivamente, libros toscanos, áun aquellos que no tienen valor por su fondo, atendido á que en los libros escritos por los toscanos hay siempre algo que aprender, alguna cosa *especial* respecto de la lengua, ó como Grossi decia, algo *vivo* que no se encuentra en los escritos más pulidos de los demás italianos.

Entre los libros toscanos, elegiría varios ó uno tan solo para leer en alta voz ó quizá para que otro me lo leyera durante media hora todos los días. Conozco quien eligió el Epistolario de Giusti. Hay en él muchas afectaciones, muchos *melindres*; parece en cierto modo la caricatura de la naturaleza; algunas veces lleva hasta la exageración lo que él llamaba *lenguaje casero*, usado por las criadas de servicio y contrario al que calificaba de—lenguaje estirado *como si le hubieran barnizado con clara de buevo á fuerza de gramática y diccionario*.—Pero aparte de esto es tan rico, tan libre, dominando la lengua con tal aire de señorío, que el que lo estudie con discernimiento, puede aprender mucho más que en cien otros libros irreprochables.

Es preciso, sin embargo, estar encima mucho tiempo, años y años enteros, todos los días un poco;—es forzoso digerirlo y volverlo á digerir, llenarse la cabeza y los oídos, para que en todas ocasiones vengan á nuestra memoria y á nuestros labios los modos, sonidos y períodos que hemos oído ó leído. Esto mismo debe decirse de todos los demás libros. ¡Leer pocos! pero con perseverancia infatigable, hasta que lleguen á fastidiar, y que, poniendo la vista sobre sus páginas, recorra la memoria más rápidamente que la vista sus renglones. Debe estudiarse de memoria y decir en alta voz las cosas aprendidas, *mientras que es uno joven*, como dijo Santiago Zanella, porque este trabajo puede, cuando se tienen muchos años, continuarse, si se hizo en un principio. El que á los veinticinco años no posea una buena cantidad de lengua, es caso raro que luego la adquiera.

Difícil es retener y llegar á apropiarse tan íntimamente los vocablos y modismos que se van notando poco á poco, que se tengan prontos y salgan espontáneamente cuando se habla ó escribe. Se necesita también un poco de maña para lograrlo. Conocí uno, que á más de anotar palabras y giros en su cuaderno, formando columnas, los escribía según le iban ocurriendo en los márgenes de los libros, en los sobres de las cartas, sobre las puertas, paredes y periódicos; en cualquier punto de su cuarto de estudio en que se fijase la vista, topaba con una nota, que venía á refrescar la memoria. Cualquiera palabra ó modismo

que notase, lo refería inmediatamente con el pensamiento á alguna persona ó cosa que se presentase ó que tuviera que ver habitualmente durante el día. Cada palabra iba ligada á una imágen, cada frase á un hecho, y cuanto antes, aprovechaba la ocasion para servirse de ella en una carta ó en una conversacion, poniéndola ya en circulacion con el propio cuño.

Todos los dias se pasaba media hora mezclando, combinando y aun creo tambien que estropeando sus notas. Creaba allá en su imaginacion un personaje cualquiera, y ensartaba á propósito de él una jerigonza como esta:—Me parecía un hombre honrado; *hice fundamento sobre él*, y no creía *confiarme al viento*; parecióme además que era un hombre *con trastienda*, aun cuando sabía bien que le gustaban *sus comoñidades y placeres*. Pero me engañé, y en la primera ocasion *escurrió el bulto*. Descubrí en él mil defectos; primero, era un avaro, su bolsa padece, *tiene mal de gota en las manos*,—*paga con los codos... tambien es ambicioso...*

Con todos estos modismos, sacados de su cuaderno, hacía otro día otra combinacion á propósito de un nuevo asunto, estudiando luego mucho todo lo que hacía. Yo lo comprendo, es un trabajo fastidiosísimo, no se toca el fruto sino despues de mucho tiempo, y á veces humilla y hace perder los ánimos. Pero no hay más remedio que perseverar, no perder un momento, *querer* con firmeza y cueste lo que cueste; despues vendrá el día en que uno se alegre de no haber cedido. Si no costase largas y penosas fatigas

aprender á escribir bien, los libros que pudieran leerse serían más numerosos de lo que son.

Una vez puesto á escribir, por mi parte olvidaría todas las notas y todos los ejercicios. Con la pluma en la mano, no rebuscaría más en mi memoria; lo que salga debe salir por sí. Todo lo que es muy *buscado* es casi siempre *rebuscado*, y es inútil tratar de engañar al lector, porque tiene éste, aun el menos perspicaz, un olfato tan fino, que advierte la más mínima afectacion, y distingue perfectamente las palabras y giros espontáneos de aquellos otros que solo á fuerza de tenaza salen de los depósitos de la memoria. Lo que no fluye naturalmente cuando se habla, es difícil que luego venga á punto cuando se escribe, por lo cual no me cansaré de repetir que el medio mejor para aprender á *usar* la lengua, es *hablar*. Hablando, se cuenta siempre con un juez, cuya fisonomía acusa involuntariamente con movimientos apenas perceptibles, pero de no dudosa significacion, todas las afectaciones, digresiones y oscuridades del lenguaje. Un *oyente* es el mejor maestro de sencillez, rápido y eficaz.

Nos queda solo la cuestion de las palabras nuevas; creo que no merece la pena, y hace bien en ocuparse de ellas el que no tiene nada en qué pensar. Lo que importa es que la frase, el movimiento y giro del período sea italiano, que el engarce sea propiamente nacional. La cuestion de las palabras dudosas, admitidas por Fulano ó por Zutano, es un pasatiempo; y

en estas cosas le aconsejaría más bien que evitase discusiones, que no conducen á nada y sólo sirven para requeamar la sangre. En esta materia, por extrañío que parezca, la gente más modesta tiene un amor propio susceptible, obstinado é intratable. Es imposible, creo yo, encontrar un italiano por falto que esté de estudios lingüísticos, el cuál, en una cuestion de palabras se deje persuadir por quien sabe más que él. No hay ugier piamontés que no se crea con derecho á enseñar un poco de *verdadero* italiano á un académico de la lengua, y no hay maestrillo de lugar que no se atreva á dar lecciones á Manzoni. ¿Qué utilidad trajo, por ejemplo, la discusion promovida por el *pobre viejo*, como le decían sus adversarios, sobre la unificacion de la lengua?

De todas partes salieron furiosos lingüistas que repitieron por centésima vez sus viejas razones, se oyeron muchas impertinencias, nos hundimos hasta los ojos en las vergonzosas pequeñeces y rivalidades de tiempos ya pasados; quedándose al fin y á la postre cada uno con su opinion.

La cuestion de la lengua es preciso resolverla con la *práctica*. Un libro hermoso, escrito segun las teorías de Manzoni, vale mucho más que todas la discusiones. Escriba cada uno como crea que se debe escribir, sin querer dar leyes á los demás; el público verá por sí mismo donde está la mayor claridad, la mayor gracia y la mayor riqueza. La mejor teoría triunfará poco á poco, tácitamente, sin necesidad de

andar á la greña. Lo que sobre todo importa, es seguir estudiando siempre, teniendo presente esta sacrosanta verdad: que sin mucho trabajo y mucha paciencia no se consigue nada: que áun estudiando mucho para la lengua, como para lo demás, hay que estudiar toda la vida; y que el que desprecia este estudio como una *pedantería*, es un flojo que jamás se ha puesto á ello, ó un necio que nunca lo ha comprendido.

.....





UNA VISITA

Á ALEJANDRO MANZONI



ABLAR de sí mismo es malo, pero aún es peor escribir. Más cuando el *yo*, lejos de ser el objetivo de lo que se vá á decir, no es sino puró medio para exponer con facilidad y desenvoltura tambien, cosas que se refieren á otros y pueden ser agradables á muchos, creo que es lícito servirse del *yo*: mucho más cuando del *otro* de que se trata es un Alejandro Manzoni, y el *yo* tan pequeño, que no cabe sospechar de su veracidad.

Comencemos por el pequeño.

Aun estaba yo en el colegio, tenía diez y seis años y escribía versos.

El profesor de literatura italiana cuando le presen-

taba una poesía que, á su juicio, merecía ser leída en clase, me lo permitía. Mis compañeros solían imprimirla por su cuenta, lo cual aún es un remordimiento para mi conciencia. Una de las primeras que se imprimieron fué un canto á Polonia que precisamente aquel año se había insurreccionado; la ira más profunda de mi alma la derramaba contra el Czar y el Papa, haciendo una descripción fantástica de la isla de Caprera, y afirmando que el sol hacía vibrar sobre aquella isla sus rayos más espléndidos y que los ángeles la miraban desde lo alto con viva simpatía.

Este canto, concebido en cierto día que el director me había puesto á pan y agua, y compuesto casi por completo en las tinieblas del dormitorio, me pareció entonces gran cosa, y tanto como á mí al compañero que siempre se sentaba á mi lado; se lo dí á leer y me contestó con gravedad:—¡Este canto vivirá!—y yo, apretándole la mano, le respondí con no ménos gravedad: —Así lo espero.—En fin, á tal punto llegó mi presunción, que al otro día puse una faja al opúsculo, escribí una carta de presentación, y luego en el sobre y en la faja:—al Sr. D. Alejandro Manzoni.

Un momento sostuve en el aire la mano antes de decidirme á echar carta y paquete por el buzón.

Pasa una semana, pasan quince días, un mes; nada. No me sorprendió; sabía que Manzoni escribía muy poco; me habían dicho que todos los días recibía un

monton de cartas y de libros; por lo tanto, era más que natural que hubiera tirado en un rincón mis versos, sin volver á pensar más en ellos.

Otro día, estando en el recreo haciendo ejercicios en las paralelas, me llama el Director; corro hácia él y me entrega una carta, cuya letra me era completamente desconocida. Miro el sello:—Milan.—¿Quién podrá ser? La abro; leo el encabezamiento:

"Carísimo jovenzuelo..." vuelvo, toda la carilla estaba escrita; vuelvo, toda la carilla escrita también, vuelvo para ver la última, y toda llena hasta lo último, donde se leía: *Alejandro Manzoni.*

No sé expresar la impresión que sentí. Se nubló mi vista y me temblaron las piernas; quedé inmóvil un momento con la mirada fija en la firma; tan pronto me parecía que se agrandaba como que se empequeñecía, como si tuviera delante una lente que se acercara y se alejase. Me decidí, al fin, á leerla y corrí al más apartado rincón del patio y allí la leí.

¡Ay Dios mío! no puedo recordar aquella carta sin sentir inmenso pesar. Respecto á los consejos que había tenido el atrevimiento de pedirle, decía:—*También yo en mi primera juventud formé de los escritos de los demás un juicio que con el andar de los años he tenido que rectificar. Y, sin embargo, jamás he sufrido dolor alguno al verme obligado á desecar un error que me había dado ocasión para querer bien á hombres á quienes no conocía. Lo mismo espero que ocurrirá á Vd. respecto de mí y de mi memoria.*

Tocante á la poesía: *Si le dijera que sus versos no tienen defectos, sería un adulator; también iría contra mi íntima convicción si no dijese que veo en ellos anuncios de verdadero poeta. Entre los defectos que se pierden con el tiempo, percibo (no dé á mis palabras otro valor que el de la más estricta sinceridad) también las virtudes que con el tiempo se perfeccionan en unos, sin lograr alcanzarlas otros.*

De los versos que en la poesía se refieren al Papa, decía:—.....*Religion y patria son dos grandes verdades; más bien, en distinto grado, son dos santas verdades; y toda verdad puede mostrar amplia fuerza y poner por obra sus medios de defensa sin insultar á las demás. Cierto que las personas son cosa distinta de las instituciones, pero existen instituciones en donde los ultrajes (fijese que hablo de ultrajes, no de argumentos, que por otro lado tampoco pueden ser asunto de poesía) dirigidos á las personas, vienen á redundar también en contra del respeto y dignidad de la institución misma...*

Se leía además en la carta: *Aquí, en mi jardincillo, tengo un granado joven que ha echado en esta primavera muchas flores, mas se han caído; otras se sostienen: la lozanía de todas y el sano vigor de algunas anuncian á la vez que este arbolillo está destinado á dar frutos copiosos y excelentes.*

La carta, en este momento en que escribo, está puesta en un cuadrito, y *el que debía ser granado cargado de fruto, la mira con mezcla de ternura y dolor, pensando en sus hermosas esperanzas de los*

diez y seis años como en fantásticos sueños de tiempos remotos.

Para el colegio fué gran acontecimiento recibir esta carta; el profesor de literatura la leyó en la clase; todos los amigos querían leerla; yo no cabía en mí de alegría; cien veces al día la leía y releía, la recitaba de memoria; muchas noches soñaba que me la habían robado y yendo por la calle veía que todos los que á mi lado pasaban volvían la cabeza para decirse:—aquél es.—Me había trastornado hasta el punto de que en la mesa no me permitía comer á grandes bocados y en la clase no sabía estar sino en posturas inspiradas; reía con cierta afectada complacencia cuando volvía á mi casa, como para dar á entender que al fin y al cabo era su pariente.

¡Lo que son las previsiones! Desde aquel año no he vuelto á escribir un verso, como no sea en días de algun santo de familia, ni siquiera la tentación de escribirlos he sentido, llegando á pensar que no he nacido para hacerlos.

¡Quién me lo hubiera dicho entonces, cuando un prosista apenas me parecía digno de ser hombre, y decía para mí, leyendo *Los novios*. qué lástima que no esté escrito en octavas reales!

*
* *

Pasados cuatro años yo era ya subteniente, de guarnición en Pavía. Nunca había visto Milan, un día me entran ganas de hacer una escapada; pero ¡y el permiso! ¡Hermosa idea! hago que me manden de casa la carta del *Granado*, se la enseño al teniente coronel, diciéndole: Quisiera ir á Milan á ver á Manzoni.—Así lo hice: vino la carta, se la entregué á mi capitán para que pidiera el permiso, y cuando el teniente coronel oyó, antes de leer la carta, el objeto de mi excursión, exclamó:—¡Oh! ¡Nada ménos!—como si digéramos:—se necesita atrevimiento;—pero luego que vió la carta, me concedió el permiso diciendo:—Sí, esto ya es otra cosa, que vaya y que nos traiga noticias.

Salí al día siguiente para Milan, muy temprano; hacía un tiempo delicioso. Llegué, fuí á parar á una fonda inmediata á la catedral y pregunto al camarero donde vivia Manzoni.—¡El comerciante de muebles? replicó.—Qué diablos de comerciante de muebles,—respondí—el conde, el senador Alejandro Manzoni.—¡Ah! Perdón Vd.; yo creía... el senador Alejandro Manzoni vive en la plaza de Belgioioso; y

me hizo una descripción de la casa. Aún era temprano, así que hice una escapada á ver la catedral y luego derecho á la plaza Belgioioso. ¡Cómo palpité mi corazón cuando me encontré delante de aquella casa! ¡Con qué veneración me alcé el kópis al entrar en el cuartito del portero! Pero Alejandro Manzoni no estaba allí, había ido á Brusuglio. Sin perder un minuto tomé un carruaje que me llevara á Brusuglio. Iba pensando por el camino en cómo debía empezar, cómo besarle la mano antes de darle tiempo para que la retirase, según me habían dicho que hacía siempre; la manera de tener la espada cuando estuviera en su presencia. Me quedé pensando que quizá el presentarme ante Manzoni con la espada, no sentaba bien; de buena gana la hubiese dejado en el coche. Por uno y otro lado del camino pasaban campesinos y campesinas, me parecían todas personas sagradas; en cada viejecilla creía ver á Inés, los jóvenes me recordaban á Lorenzo, y los niños á Menico. Me quedaba extasiado contemplando aquel ciclo de Lombardía *tan hermoso cuando es hermoso*, y la campiña verde y tranquila. Mis sentimientos y mis pensamientos, cuanto más me acercaba, ibanse elevando poco á poco. Experimentaba la misma sensación que cuando se sube á una montaña, que parece respirarse aire cada vez más puro: de análoga manera parecíame que se separaba mi mente de la tierra.

Al fin se detuvo el coche delante de la quinta; baje, entré en el jardín, un criado vino en seguida

á mi encuentro preguntándome lo que deseaba. Se lo dije; me miró de piés á cabeza, contestándome un *pero*, que quería decir:—Dudo que le reciba á Vd.— Eché mano á mi carta, cogióla é indicándome que le siguiese se dirigió hácia la puerta de una habitacion baja, donde entró, despues de suplicarme que tuviera la bondad de esperar un momento. Apoyado contra la tapia escuché un instante, oyendo pronunciar lentamente y con voz trémula estas palabras:

"Carísimo jovenzuelo: Las molestias habituales me han impedido dar á Vd. las gracias con urgencia, como vivamente deseaba, por los versos que ha tenido la bondad de remitirme.

En este punto se apagó la voz é inmediatamente salió el criacido que me hizo volver por el jardin para entrar en un saloncito donde me dejó sólo, diciéndome:

—Ahora viene.

Me quedé inmóvil mirando fijamente la puerta con la respiracion casi totalmente contenida, como si me hallase delante de una máquina fotográfica.

Se abrió la puerta.

¡Cuántas veces, amigos y enemigos, me habeis dicho que mi corazon es una esponja y mis ojos dos fuentecillas, mis soldados mujerzuelas, y que las líneas de mis páginas son como arroyos que corren al gran mar del llanto, en el que un día ú otro moriré anegado!.. ¡Sed justos! Reconoced, por lo ménos, que por esta vez tenía derecho á entermecerme, y confesad que

nadie hubiera dejado de sentirse conmovido. Esto me dará ánimos para deciros, que á pesar de mi presencia de granadero, de mi espada y de mis ostentosas charreteras, al aparecer Manzoni, corrí á su encuentro, le cogí la mano y me entró un llanto tan violento y ruidoso, que á mi lado hubiera parecido un niño, cualquiera de *mis* soldados.

Puso su mano sobre la mía el buen viejo, diciéndome con voz cariñosa:

—Vea Vd... lo que es tener un carácter tan... bueno... ingénuo, se sufre mucho. Vamos, cobre ánimos, seréncese.

Contar por su órden toda la conversacion que siguió á esta escena, si se puede llamar conversacion á un diálogo en que uno de los interlocutores apenas dice más que las palabras indispensables para que el otro siga, sería imposible. Recuerdo que me preguntó sonriéndose:—¿Y la poesía?—Contestándole que la había echado á un lado, me dijo:—Volverán, vaya si volverán los buenos tiempos para la poesía.—Recuerdo bien que hablé de la batalla de Custoza, y dijo:—*¡Fracta virtus!* que recitó dos estrofas de una cancion de Brofferio, intitulada: *El baron de Onea*, deteniéndose en el *a santa, a pista, a braia*, por no decir la palabra licenciosa que hay en el verso siguiente. Que habló, despues de muchas preguntas, del *Cinco de Mayo*, diciendo que su madre le había sugerido la idea de escribir aquella Oda, mientras él al recibir la noticia de la muerte de Napoleon, se había puesto á decla-

mar versos de Monti. Mi oda, añadio, está llena de latinismos y galicismos, y bien lejos estaba yo, al componerla, de pensar que alcanzaría *quel po' di fortuna* (¡pequeño éxito!) que ha alcanzado. Si no me equivoco, me indicó en seguida la mesita sobre la cual la había escrito, y sobre la cual ví *Fior di memoria*, de Cantú, que le dió ocasion para hablarme de un nietecillo suyo, que á poco se presentó en la habitacion. Detrás del nieto vino su hijo primogénito.

—Diga, no le parece que este hijo es una terrible fé de bautismo, y que no puedo echármelas de mozo?

Llegada su hora me dejó solo y se fué á comer; estuve mirando y remirando los cuadros, muebles y libros hasta dejarlos perfectamente grabados en la cabeza; aun los estoy viendo, y sería capaz de hacer el inventario detallado de aquel salon, como he hecho mil veces un boceto á la pluma en la habitacion del oficial de guardia ó en el cuartito del furriel. Volvió pronto, y nos fuimos á dar una vuelta por el jardín. Me costaba trabajo pasear á su lado, me enredaba en el sable, mi conversacion no tenía gracia, hacía preguntas tontas; y estando tan cerca de él que casi le tocaba con el codo, sentía vergüenza de ser más alto, lo menos la cabeza, y procuraba aparecer pequeño; sufría mucho con el contraste que hacía mi traje brillante cubierto de plata, con el suyo modestísimo: ¡debí dejarme puesto el capote! Viéndole caminar con lentitud é inclinado hácia adelante, me decía á mí mismo:

—¡Ah! pobre viejo, si pudiera darte mi salud y mi fuerza, con cuánto amor te las daría, aunque tuviese que pedir el *reemplazo por enfermedad ajena al servicio*.

* * *

Llegó por fin la hora de irme; quise besarle la mano, él me alargó sus brazos, sintiendo quizás las lágrimas que corrían por mis mejillas.—¡Juan, el cochel—dijo á su cochero cuando yo salía; le dí las gracias indicándole que me esperaba el que yo había traído al salir, vi sus dos hermosas nietecillas, que quizá habían sentido el ruido; atravesé el jardín haciendo un estrépito con la maldita espada que me iba dando golpes en las piernas, y cuando subí al carruaje, volviendo la cabeza, ví que aún me saludaba con el pañuelo desde la puerta.

—Adios, le contesté desde lo más profundo de mi corazon; adios, padre, maestro y amigo: adios santo consolador de mi vida. ¡Oh, si estuviera aquí mi regimiento y le pudiese hacer presentar las armas!

Le saludé militarmente en toda regla, como hubieran saludado á un general.

Quando llegué á Milan de vuelta, en la fonda, es-

cribí á mi casa una carta de ocho páginas, en las cuales decía que Milan me había parecido la ciudad más hermosa del mundo, que Manzoni era un ángel, y que yo era feliz.

Por la noche, ya tarde, llegué á Pavía, y al entrar en casa me encontré con varios amigos que se echaron todos encima con la misma pregunta:

—¿Le has visto al fin? ¿Le has hablado?

—Le he visto, le he hablado y aún más le he abrazado también, contesté.

—Vamos á ver, cuenta,—dijeron todos á una voz.

—Os lo diré todo,—respondí—pero dejadme hacer un ligero prefacio. Esta mal hablar uno de sí mismo, pero cuando el yo, en lugar de ser el objetivo de lo que se dice, no es más que un medio para contar con mayor facilidad cosas que se refieren á otros y que pueden parecer agradables á muchos...”

—Vamos, hombre, basta,—exclamaron todos—¡qué pesadez! Dí lo que te pasó, y cómo te arreglaste para que te recibiera.

—Os lo diré,—comencé—pero es preciso tomarlo de más atrás. “Estando en el colegio, tenía diez y seis años y escribía versos. Mi profesor de literatura...”

¡Diablo! Sin advertirlo empezaba á escribir nuevamente el artículo. Bien se ve que al cabo de ocho años que hace de la visita, cuando pienso en ella, aún se perturba mi cabeza.



UN PEDANTE SIMPATICO

Los pedantes á medias, esto es, los que pedantean por hacerse temer, sin haber conseguido hacerse admirar; los pedantes malignos que se enfurecen contra las palabras porque detestan á las personas; los pedantes frios que desprecian con la sonrisa en los labios, todos son gente vulgar y fastidiosa.

Es preciso haber nacido con instinto pedante para desvelarse, por ejemplo, por haber oído un galicismo, para reñir con un amigo que puso en lugar de *bijúo*, *bijo* solamente; y para que se sienta sincera compasión hácia quien dejó escapar *toeletta* (atavío) en lugar de *teletta* (telilla), arremetiendo airado contra todos los que no saben emplear los monosílabos. Este es el que se roe y se consume como verdadero víctima, haciendo el pedante con el celo y valor de un misionero de